

el origen de la palabra no es otro que la *revelacion*, y tendremos la clave de cuantas investigaciones acertadas se han hecho sobre este particular.

El origen divino de la palabra como expresion del pensamiento, no escluye sin embargo la idea del trabajo, la lucha y la conquista; tal es el destino del hombre sobre la tierra: *militia est vita hominis super terram*. Y en este supuesto, esa misma expresion natural de nuestras ideas por medio de la palabra se modifica, se cambia, se perfecciona: el origen del arte no debe buscarse fuera de nosotros, sino dentro de nosotros mismos; no es la necesidad, no es la imitacion, es la energia de nuestro espíritu puesto en accion con un fin, con un objeto determinado.

La palabra como expresion del pensamiento, como vínculo de sociabilidad, como distintivo del hombre, llena su objeto sin el auxilio del arte; antes que la elocuencia existió la palabra: la elocuencia es ya un adelanto, una conquista; no es todavía sin embargo el triunfo del estudio y la meditacion, sino el dominio de los afectos, de las pasiones sobre la palabra, que sin ese esfuerzo supremo seria impotente para mover y persuadir.

Conviene mucho ante todo fijar la atencion de los jóvenes en ciertos principios fundamentales, que se han hecho mas difíciles por las divisiones y subdivisiones de los mismos que han querido esplicarlos: una hilacion lógica puede conducirnos en breve tiempo á resolver todo género de dudas acerca de esta materia.

La *palabra* es natural en el hombre: la *elocuencia* lo es tambien: el *arte* ha conseguido un gran triunfo, haciendo que la palabra y la elocuencia lleguen á combinarse, viniendo á ser

la manifestacion acertada de la verdad sentida, de la verdad deseada bajo formas sensibles.

La palabra, pues, como expresion del pensamiento, no será objeto de nuestros estudios: vá á serlo la palabra artistica dentro del Cristianismo, la palabra artistica santificada por Dios, instrumento de propagacion y defensa de la doctrina católica, *palabra* arrojada por Cristo en el seno de la Iglesia, segun la feliz expresion del señor Muñoz y Garnica, que corre desde el centro á los confines del mundo; antorcha de vivisima luz que dirigirá constantemente los pasos del género humano, desde la montaña del sacrificio, desde el Calvario, hasta la realizacion de sus brillantes destinos; emblema de verdadero progreso, enseña de verdadera libertad, *palabra*, en fin, de bien, de esperanza, de paz, de consuelo y de amor.

La elocuencia: diferentes acepciones de esta palabra: la naturaleza y el arte: su combinacion.—Nacimiento del arte oratorio: ojeada retrospectiva: la elocuencia en los pueblos antiguos: causas de su gran desarrollo en Grecia y Roma.

Muchos han intentado definir la *elocuencia*, muy pocos lo han conseguido: la dificultad está en el punto de partida.

Para unos, la elocuencia es una facultad; para otros, la aplicacion de las reglas de bien decir: segun los primeros, la elocuencia no se adquiere si no se posee; segun los segundos, no existe si no se aprende.

Estrecho, limitado horizonte se ofrece ante nuestra vista si aceptando el criterio de los que combaten las reglas, lo fiamos todo á la naturaleza; invencibles obstáculos si aguardando á poseer los preceptos que la esperiencia ha sancionado como buenos, desistimos de ensayar nuestros propios recursos para espresar acertadamente lo que sentimos.

Verdad es que la palabra *elocuencia* tiene dos acepciones en el lenguaje vulgar, y aun en el de la ciencia; pero esto no debió ser nunca motivo para esa confusion que arredra á muchos y lanza á otros indebidamente á una senda llena de escollos y precipicios: la palabra elocuencia en un sentido general significa

la manifestacion de los grandes afectos y las grandes pasiones; arranque espontáneo, no meditado, rápido, fugaz, de lo que pasa dentro del alma: en un sentido mas limitado, mas concreto, significa el *arte* de bien decir; sabiduría que habla discreta y copiosamente, segun el P. Granada. Bajo el primero de estos aspectos se dice con razon que la elocuencia es un don, un privilegio que existe independientemente de la palabra, en el silencio y la inmovilidad, en la mirada, en los movimientos, en la accion; elocuencia eterna, inmutable, propia de los pueblos todos, patrimonio del salvaje y del hombre civilizado, insuficiente, de corta duracion en sus efectos, figurada, ardiente, impetuosa, llena de defectos y cuya historia no se ha escrito ni escribirá jamás; bajo el segundo, la elocuencia parte de un período mas ó menos lejano, mas ó menos conocido; se manifiesta bajo formas distintas, es patrimonio de unos pocos, se aplica á los negocios, se emplea como arma de poder y de conquista, vive en las repúblicas y los imperios, se muestra grande y sublime á nuestros ojos, digna de ser estudiada en las causas que la producen y en los efectos que de ella se dejan sentir en lo que hay de mas noble y digno en la esfera de la moral, del derecho, de los medios de conseguir el bienestar de las clases todas de la sociedad: la elocuencia en este sentido no se limita á *conmover*, sino que tiende principalmente á *convencer*, é imponiendo silencio á las malas pasiones, á las exageradas exigencias de los unos y limitaciones injustas de los otros, se deja percibir independiente, libre, franca, leal entre el torbellino y revuelto mar de encontrados afectos, de intereses opuestos y aspiraciones distintas en defensa de la *verdad*.

Para formarnos una idea acabada, perfecta, de lo que podemos llamar elocuencia primitiva, no es necesario recurrir á libro

alguno: basta observar lo que pasa dentro de nosotros mismos, lo que vemos así en las ciudades como en las aldeas, lo que nos enseña todos los días el trato de los hombres, ora sean rústicos ó instruidos.—Una madre á quien arrancan de sus brazos al hijo de sus entrañas, al ser querido que lleva pendiente de su seno, y vé vacilar por algunos instantes al verdugo, *habla*, y habla de un modo, que aquel hombre endurecido siente correr por sus mejillas una lágrima, que su brazo se debilita, que su resolución se acaba, viéndose obligado, á pesar suyo, á devolver la inocente víctima á aquella mujer que sin estudio alguno ha sabido herir las fibras más delicadas de su corazón.—Un anciano que siente cercanos los pasos vacilantes de la muerte, que distingue en medio del delirio y la fiebre su fría y descarnada imagen, llama á sus descendientes, les obliga á rodear su lecho para que puedan percibir sus palabras, sus postreros consejos, y esas palabras son siempre sublimes, arrancan ayes de dolor y se graban para siempre en la memoria de las personas á quienes van dirigidas.—La fervorosa plegaria del navegante, que apurados todos los recursos de su experiencia, comprende que se acerca el instante supremo de la catástrofe.—Esos forzados consejos que un padre dá á su hijo, un hermano á su hermano, un amigo á su amigo para decidirle á tomar una penosa resolución.... Estos y otros muchos ejemplos que pudiéramos citar, nos demuestran que el primer libro que debemos consultar para el estudio de la elocuencia, es nuestro propio espíritu: *modus inveniendi quæ intelligenda sunt, et modus proferendi quæ intellecta sunt* (1). El tipo primitivo está encarnado en nosotros, vá con nosotros y se manifiesta allí donde el hombre *siente y expresa* sin sujeción á reglas sus sentimientos.

(1) San Agustín.

La elocuencia adquiere nueva vida, más importancia, más valor por medio del arte: la palabra *arte* que precede á la voz *elocuencia*, no es más que un término que espresa la elocuencia de una manera determinada; esto es, «dirigida en su desarrollo por los preceptos de la sana razón:» por esto ha dicho San Agustín: «*Eloquentia vero facultas dicendi est, congruenter explicans quæ sentimus.*» Definición la más completa, la más acertada de la elocuencia, toda vez que es suficiente para darnos á conocer el doble significado que esta palabra tiene en el lenguaje vulgar y en el de las escuelas.

El hombre que vive en un mundo inferior al mundo á que aspira, no perdió por completo, al ser castigado, su facultad creadora; quiso Dios que adivinara algo de lo muchísimo que había perdido, por la imposibilidad misma de volverlo á conseguir sin el auxilio de la gracia; y el *arte* que nace en el hombre, que es la intuición secreta, misteriosa de todo lo grande, de todo lo sublime, de todo lo bello, al buscar la fórmula concreta, capaz de ser comprendida y sentida por los demás, no tiene otro remedio que apelar á la naturaleza, robarla sus colores, sus sonidos, sus admirables armonías y sus encantos. El arte vive á espensas de la naturaleza; entre la naturaleza y el arte existen relaciones íntimas, necesarias; traba enojosa que sujeta al hombre á la tierra, separándole del mundo de la idea y le sirve al mismo tiempo para la espresión de esa misma idea; prueba ostensible de la predilección del Criador hácia su más perfecta hechura; milagrosa mezcla de castigo y de amor, que solo se concibe siendo obra de un Dios.

Es necesario, pues, el estudio de las reglas para ser orador; no lo es tanto para ser elocuente: la naturaleza y el arte, hábilmente hermanados, han producido esas colosales figuras

que con su palabra han asombrado al mundo. El amor á lo bello en todas sus manifestaciones, es una aspiracion del hombre hácia una felicidad que siente perdida, no puede negarla sin contradecirse á si mismo, puesto que no solo la *desea*, sino que la *espera*; de esta suerte la contemplacion de lo bello nos lleva á la posesion de la verdad y á la práctica de la virtud.

Palabra, elocuencia, arte: he aquí tres ideas que se conciben, que se esplican con entera independenciam: la *palabra* es la espresion de la idea, la *elocuencia* es el lenguaje de la passion y del sentimiento; la palabra y la elocuencia llenan sus destinos aisladamente, pero llega un punto en que se enlazan por medio del arte, del estudio de las reglas, tan injustamente combatido, y nace la *oratoria*, modesta, sencilla y reflexiva, que aspira no obstante al dominio de la razon: el buen gusto y la armonía, el detenido estudio de la belleza, la perfeccion del lenguaje, el conocimiento de lo que hay de múltiple y vario, de fijo y constante en la humana naturaleza, son los medios de que se vale para fijar al cabo de muchos siglos la atencion de los hombres pensadores, que unánimes la aclaman como un poderosísimo medio de hacer triunfar la verdad, la razon, la humanidad, la justicia, las leyes y la religion.

Desechemos, pues, todo género de preocupaciones acerca de si la naturaleza es superior al arte ó este á la naturaleza para hacer buenos oradores; es indudable que el arte perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser naturalmente elocuente. No es el arte el que persuade, decia Plutarco, pero ayuda á persuadir. Si al arte agregais la naturaleza, escribia Ciceron, hareis prodigios. Y Quintiliano, el mas juicioso de los retóricos, en sentir del V. Granada, se estiende en lar-

guisimos razonamientos para demostrar sus escelencias (1).

No han faltado austeros moralistas que han condenado el arte oratorio como peligroso; pero sus temores son infundados: el orador que presta sus servicios á una mala causa, se prostituye, degenera; será á lo mas, como decia el señor Lopez, un ingenioso retórico ó un detestable sofista. Los SS. Padres, si bien han censurado severamente el *exceso del arte* en la elocuencia sagrada, no han combatido de modo alguno el estudio y la aplicacion de las reglas en ese género de elocuencia, cuyo doble origen divino la eleva á mayor altura que los demás.

Por otra parte, si la mentira, si el error y el sofisma se sirven del arte oratorio, ¿quién será tan nécio, dice San Agustin, que abandone arma tan potente en manos de sus enemigos? *¿Quis ita desipiat?... ¿cur non bonorum studio comparatur, ut militet veritati, si eam mali ad obtinendas perversas vanasque causas in usus iniquitatis et errores usurpant* (2)?

Ocasion tendremos mas adelante de esplanar estas ideas, que muy de pasada vamos consignando, creyendo oportuno en este momento detenernos á llenar el vacío que algunos pudieran sentir en nuestros estudios, si no dijésemos dos palabras acerca del *nacimiento del arte oratorio* y de las principales causas que influyeron en el gran desarrollo de la elocuencia en la antigüedad.

Antes que la elocuencia se cultivase como arte, antes que apareciesen en Atenas esos grandes oradores, cuyos nombres nos deben ser muy conocidos, y con los cuales se nos familia-

(1) Hist. lib. 2, cap. VII.

(2) Orat. contra Gentes, n. 18, t. I, part. 1.<sup>a</sup>

riza casi desde la infancia, algunos filósofos y célebres legisladores despertaban el gusto, el amor á lo bello en aquellos pueblos que habian de alentarles mas tarde con sus aplausos á recorrer el difícil camino de la gloria.

Solon es el primero que contribuye de una manera directa á la ilustracion del pueblo griego: le sigue Pisistrato, á quien Plutarcó coloca entre los oradores de Atenas, olvidando que su palabra no es aun el resultado del estudio y la meditacion: algo mas significa Pisistrato como orador que los que le precedieron; pero el *arte* no habia aparecido todavía; desde esta época se buscan los efectos, mas esto se hace sin un fin noble y verdaderamente artístico: Pisistrato aparece en medio de la plaza pública cubierto de falsas heridas, y pide en nombre de la libertad una guardia para su persona: el pueblo se la concede, y con ella arroja de la ciudadela á los Alcmeonidas, y se erige en jefe supremo de la república; rasgo suficiente para caracterizar el género de elocuencia del rival de Solon, que hizo sin disputa mucho menos que su maestro en favor del arte oratorio.

Ciceron, Quintiliano, San Atanasio y otros autores que incidentalmente han procurado explicar el origen de las artes, están conformes en designar á Syracusa como la verdadera cuna del arte oratorio (1): allí por lo menos se escriben preceptos, allí se abre por *Corax* la primera escuela de elocuencia, allí se siente por todos los ciudadanos, si bien no mucho antes que en Atenas, la necesidad y la conveniencia de hablar bien para po-

(1) Los bajorelieves descubiertos poco antes de 1824, y sobre los cuales P. Pisani escribió en Palermo una memoria, prueban que las bellas artes se desarrollaron en Sicilia antes que en la Grecia.

der reclamar sus propiedades y sus derechos (1): allí, por último, aparecen los primeros *retóricos*, á la cabeza de los cuales se colocó Gorgias Leontino (ó Leontio) (2), discípulo de Empedocles; ofreciéndonos este notabilísimo periodo de la historia, una enseñanza consoladora, toda vez que nos hace ver que hasta el error favorece la ley fija, constante del progreso, sin el cual no concebiríamos la humanidad.

Los primeros pasos del arte son funestos al arte mismo: la oratoria se separa apenas nace de la verdad, y basada en la dialéctica (3), vá aumentando progresiva y rápidamente los preceptos, hasta llegar á un punto que es imposible retenerlos todos, haciéndose esclavos los que pretendian ser oradores de sus propios artificios: los retóricos que se designaban á sí mismos con el modesto título de *sofistas* (4) se hacen dueños de la multitud; dotados en su mayor parte de un espíritu sutil, mas superficial que profundo, ávidos por lo comun, mas que de gloria, de adquirir cuantiosas sumas y honores, prostituyen el don mas preciado del hombre, llegando á afirmar sin escrúpulo alguno, que toda opinion es cierta y verdadera (5).

Las circunstancias contribuyen á dar mas importancia á los

(1) Esta opinion la consignaron Ciceron «De clar. orat., X.» y Quintiliano «Inst. orat., lib. II., cap. I.»

(2) Nuestro V. P. Granada le designa como uno de los retóricos mas antiguos.

(3) Arte de ratiocinar dialogando, ó de descubrir y demostrar la verdad: en un sentido menos lato significa el arte de encadenar los argumentos, de presentar las pruebas.—En la escuela de los peripatéticos, arte de las conjeturas, teoría de las probabilidades.—Diccio. enciclop. de la Bib. univ. de Gaspar y Roig.—1853.

(4) Sábios.

(5) «Es verdad para cada uno lo que le parece tal; por consiguiente toda opinion es cierta.» Esta es la fórmula.

retóricos, que bien pronto pasan á Atenas, floreciente entonces por las artes y el comercio: las escuelas se aumentan, y todos siguen sin gran dificultad á los que tan fácil muestran el camino de hacerse superiores en las lides de la palabra, hasta que Sócrates los combate de una manera enérgica y demuestra su desconsoladora superficialidad, no sin dejar de confesar que entre ellos los había de talento poco comun y mérito indisputable.

Contribuyeron los sofistas, y esto nos convenia consignarlo, en este primer período de historia de la palabra, á enriquecer y purificar el idioma, á dar vivacidad al espíritu y calor al pensamiento, á inclinar el ánimo de la juventud al estudio de las reglas, cuya necesidad se ha confesado despues por casi todos los grandes escritores.

Los que han pretendido estudiar el carácter de la elocuencia antigua buscándole en los pueblos del Oriente, han concluido por perderse en una série de apreciaciones mas ó menos acertadas, pero todas ellas demostracion palmaria de que, si allí pudo brillar la poesía, no se conocieron ni pudieron sentirse los efectos de la palabra oratoria, de la palabra, que no fué entonces otra cosa que la fórmula concisa, misteriosa, rodeada de un aparato imponente, aterrador, muy á propósito para contener la impetuosidad de los hombres y para sujetarlos bajo una presion moral que hacia mas duros los hierros de la esclavitud que les oprimia; ni la India, ni el Egipto, ni la Siria y la Media, ni la Persia y la China, ni ningun otro de esos imperios formidables que se alzan en los primeros dias de la humanidad como colosos, cuya sombra oscurece aun pueblos enteros que gimen bajo la presion de algunas de sus tiránicas instituciones, fueron campo á propósito para brillar la elocuencia, que necesita di-

latada esfera de accion, actividad, movimiento, vida, *lucha*, en fin, donde engrandecerse, donde sublimarse, hasta conseguir la corona del triunfo y la victoria.

En el Oriente toda la naturaleza es grande, inmensa: solo el hombre aparece pequeño, raquitico, dominado por el panteismo que le anonada ante el ser absoluto, que destruye su personalidad y su libertad, que le aprisiona, en fin, en un espacio finito, no dejando á la inteligencia otro consuelo que la contemplacion; brilla allí la poesía, que es la primera fórmula de los grandes dolores y las grandes esperanzas: acostumbrados los hombres á creer con exagerado fanatismo y obrar con ciega sumision y respeto «se citan solo rasgos y no discursos, hay palabras y no hay estilo, hay imágenes y no hay colorido, hay sencillez y no hay decoro, hay grandeza, pero falta hermosura (1).»

La distincion de castas es otro de los motivos que influye de un modo notable en ese vacío que se deja sentir en el Oriente al tratar de escribir la historia de la elocuencia: por otra parte, el mundo exterior ha ejercido siempre un poderoso influjo en la inteligencia humana, y ante el brillante espectáculo de la naturaleza que se ofrece á la vista de aquellos pueblos, ante las elevadas cumbres cubiertas de perpétua nieve que se pierden en el espacio, ante aquellos caudalosos rios y rápidas corrientes, ante aquella vegetacion gigantesca, ante aquellos árboles corpulentos bajo los cuales se celebran los misterios y los sacrificios, ante aquellas llanuras sin limite, el hombre abdica fácilmente la supremacia que le concediera el Criador, y dominado por la supersticion y el fanatismo, se anonada, se humilla, prescinde de que es el verdadero rey de la naturaleza y produce

(1) Capmany.